

## EL INCIDENTE DE PLATTNER

H. G. WELLS, 1896

Ya sea que el incidente narrado por Gottfried Plattner se crea o no, éste llama la atención por el peso de la evidencia. Por un lado, tenemos siete testigos; para ser exactos, tenemos seis y medio pares de ojos y un hecho innegable; por el otro lado tenemos, —¿qué tenemos?— prejuicios, sentido común, la inercia de la opinión. Nunca hubo siete testigos tan aparentemente honestos; nunca hubo un hecho tan real como la inversión de la estructura anatómica de Gottfried Plattner y nunca hubo una historia tan absurda como la que ellos pueden relatar. La parte más absurda de la historia la tenemos por medio de la valiosa contribución de Gottfried (y es por eso que lo cuento a él como uno de los siete testigos). Yo creo que hay algo raro en esta historia de Plattner pero, ¿qué es lo raro?, francamente no lo sé. Me ha sorprendido la credibilidad dada a esta historia en los distritos más inesperados y prestigiados de esta comarca. Lo más justo para el lector será que le cuente el incidente sin ningún comentario adicional.

Gottfried Plattner es, a pesar de su nombre, un inglés digno. Su padre nació en Alsacia y llegó a Inglaterra en los años (mil ochocientos) sesentas; se casó con una inglesa respetable de antecedentes convencionales y murió, después de una vida poco destacada (dedicada, creo, a la colocación de pisos de parquet) en 1887. Gottfried tiene 27 años. Es, debido a su herencia políglota, profesor de Lenguaje Moderno en una pequeña escuela privada en el sur de Inglaterra. Es como cualquier otro maestro de cualquier escuela privada. Su atuendo no es muy costoso ni muy a la moda, pero tampoco barato o corriente. Su complexión, como su altura y porte, es discreta. Usted tal vez notaría que su cara no es totalmente simétrica, como en la mayoría de la gente. Su ojo derecho es un poco mayor que el izquierdo y su quijada está más acentuada del lado derecho. Si examináramos su pecho y sintiéramos su corazón, notaríamos que es como el de cualquier otra persona, pero aquí es donde nosotros y el observador experto diferiríamos. Y una vez que nos lo hiciera notar, también percibiríamos la anormalidad fácilmente. Sucede que el corazón de Gottfried late en el lado derecho de su cuerpo.

Esta no es la única particularidad de la estructura de Gottfried. Cuidadosamente revisando su arreglo interno, algún buen cirujano notaría la asimetría en el interior de su cuerpo. El lóbulo derecho de su hígado está del lado izquierdo, y el izquierdo, del derecho; sus pulmones están contrapuestos. Lo más peculiar, a menos de que Gottfried sea un actor consumado, es que su mano derecha recientemente se ha convertido en su izquierda. Desde que sucedieron los hechos que voy a platicar (tan imparcialmente como pueda), lo más difícil con que se ha encontrado Gottfried, es que no puede escribir bien, a no ser que lo haga de derecha a izquierda y con la mano izquierda. Ya no puede lanzar objetos con su mano derecha; a la hora de la comida, se confunde con el cuchillo y el tenedor, y su conocimiento en lo que a tránsito de vehículos se refiere está peligrosamente confundido (él es ciclista). No existe evidencia que demuestre que Gottfried fuera zurdo antes del incidente.

Aún, hay otro hecho asombroso en todo este ilógico incidente. Gottfried tiene tres fotografías de él mismo. En una de ellas, a la edad de cinco o seis, se nota que su ojo izquierdo es un poco mayor que el derecho y su quijada un poco más pesada o marcada del lado izquierdo. Esto es lo contrario de su posición actual. La foto de Gottfried a los catorce años parece contradecir estos hechos, pero es

debido a lo corriente de la foto tan de moda en ese tiempo, cuando eran impresadas directamente en el metal y, por lo tanto, cambiaban las imágenes como un espejo lo haría. La tercera foto es de cuando tenía veintiun años, y aquí es donde es evidente que Gottfried cambió su lado izquierdo por el derecho. Sin embargo, ningún ser humano puede ser cambiado de tal manera, a menos de que haya ocurrido un milagro.

De algún modo estos hechos podrían ser explicados si suponemos que Plattner, mediante elaborados esfuerzos místicos, desplazó su corazón de un lado al otro. Las fotografías pudieron ser alteradas, y pudo imitar el ser zurdo. Pero su carácter no se presta para tal teoría. El es callado, práctico, discreto, y es sano desde cualquier punto de vista. Le gusta la cerveza y fuma moderadamente; como ejercicio camina diariamente y tiene buena estima del valor de su enseñanza. Posee una buena –aunque poco entrenada– voz de tenor, y le gusta cantar trozos de alegres canciones populares. Es aficionado a la lectura (principalmente a la ficción con toques optimistas), duerme bien y rara vez sueña. De hecho, él sería la última persona en inventar una fábula fantástica. Lejos de imponer su historia a la gente, ha sido muy reservado en el asunto. Acepta preguntas con interés y su timidez desarmaría al que más sospecha. Parece genuinamente apenado de que algo tan poco común le haya sucedido.

Es lamentable la aversión de Plattner a la idea de que lo disecten una vez muerto, ya que así se podría probar que todo su cuerpo ha sufrido cambios de un lado al otro. Ante estos hechos sólo queda la credibilidad de su historia. No hay manera de tomar a una persona y moverla de alguna forma en el espacio y que resulte en el intercambio de sus lados. Cualquier cosa que le haga, su lado derecho sería aún su lado derecho y el izquierdo, izquierdo. Sin embargo, esto sí se podría hacer con algún objeto perfectamente plano. Si uno recortara una figura de papel, una figura con un lado izquierdo y uno derecho, uno podría cambiar sus lados simplemente levantándolo y dándole vuelta. Pero con un objeto sólido es diferente. Los matemáticos nos dicen que la única manera de que los lados izquierdo y derecho de un sólido puedan cambiarse, es tomando este objeto fuera del espacio y volteándolo ahí afuera. Esto es algo impreciso, sin duda, pero cualquiera con un poco de conocimiento matemático les aseguraría que esto sí es posible. Para decir esto técnicamente, el raro cambio de los lados izquierdo y derecho de Plattner demuestra que él ha sido sacado de nuestro espacio y llevado a lo que se llama la *Cuarta Dimensión* y luego regresado a nuestro mundo. A menos de que seamos víctimas de una invención elaborada y sin sentido, todo indica que debemos de creer que esto fue lo que le ocurrió.

Basta ya de hechos tangibles. Platicaremos ahora los hechos de su desaparición temporal de este mundo. Sucede que en la escuela donde Plattner trabaja, no sólo da la clase de Lenguaje Moderno, sino también enseña Química, Geografía, Contabilidad, Taquigrafía, Dibujo y cualquier otra materia que se les ocurra a los padres de familia. Conocía poco o nada de estas materias, pero en la escuela secundaria el conocimiento del profesor no es tan importante como lo es la reputación y la decencia. En Química era particularmente deficiente, conociendo, según dice, nada más allá de los tres gases (cualesquiera que estos sean). Sin embargo, como sus alumnos tampoco sabían nada de Química, pues le causaban poco problema. Fue entonces cuando un nuevo alumno llamado Whibble entró en la escuela. Parece que fue educado por algún pariente malicioso, quien lo indujo a tener una mente investigadora. Este alumno seguía las clases de Plattner con mucho interés y, para mostrar su ahínco en la Química, le llevaba sustancias para analizar. Plattner, halagado por esta evidencia de su capacidad de despertar el interés en el alumno,

y confiado en la ignorancia de éste, analizaba y hacía afirmaciones generales sobre las sustancias que le llevaba. De hecho, estaba tan estimulado por este alumno, que se puso a estudiar Química Analítica y se sorprendió de encontrar la materia tan interesante.

Hasta aquí la historia es bastante común, pero ahora es cuando el polvo verde entra en escena. El origen de este polvo desgraciadamente se desconoce. Whibble platica una tortuosa historia de que lo encontró en un paquete en un viejo horno de cal. Habría sido excelente para Plattner y para la familia de Whibble el que todo este polvo se hubiera quemado en el horno. El joven Whibble no llevó a la escuela el polvo en un paquete sino en un frasco graduado de ocho onzas. Se lo dio a Plattner después de las clases. Cuatro muchachos estaban en la escuela haciendo algunas cosas bajo la supervisión de Plattner en el salón de Química. El material disponible para esta clase es realmente simple. Lo mantienen en un mueble común. Estando Plattner medio aburrido después de clase, se interesó en el polvo verde de Whibble y procedió a analizarlo. Whibble se sentó –afortunadamente para él–, a una distancia razonable. Los otros cuatro alumnos miraban al profesor con profundo interés. Aún dentro de los límites de los tres gases, su conocimiento práctico de la Química era, hasta donde yo sé, temerario.

Todos están de acuerdo en lo que sucedió. Puso un poco del polvo verde en un tubo de ensayo y experimentó mezclándolo con agua, ácido hidrociorídrico, ácido nítrico y ácido sulfúrico, en ese orden. Al no obtener ningún resultado vació un poco de su mezcla en un recipiente y le prendió un cerillo. La sustancia empezó a echar humo y entonces explotó con gran violencia, produciendo un relámpago cegador.

Los cinco muchachos, viendo la explosión y preparándose para una catástrofe, se escondieron bajo sus escritorios y ninguno resultó herido. La ventana voló hasta el jardín, el pizarrón se cayó y el recipiente se desintegró. También cayó del techo algo de yeso. Fue todo el daño. Al principio los muchachos no veían a Plattner y creyeron que estaría en algún lugar debajo de su escritorio. Salierno de sus escondites para tratar de ayudarlo, y gran sorpresa se llevaron al no encontrarlo. Aún confundidos por la repentina y violenta explosión, se apresuraron en abrir la puerta pensando que estaba herido y que había salido rápidamente del salón. Pero en ese mismo momento, casi chocaban en la entrada del salón con Carson, el mozo, y el señor Lidgett, el director.

El señor Lidgett es un hombre corpulento, irritable y con un solo ojo. Los muchachos contaron que Lidgett entró al salón tambaleándose y diciendo algunas groserías que acostumbran decir los directores enojones y que prohíben que se digan entre alumnos. “¡Miserable tonto!”, dijo. ¿Dónde está Plattner?

¿Dónde está Plattner? Esa fue la pregunta que se repitió muchas veces los siguientes días. Parecía como si esa frase de “Se desintegró en sus átomos” fuera realidad. No había ni una partícula visible de Gottfried; ni una gota de sangre, ni un girón de ropa. Aparentemente había desaparecido limpiamente sin dejar rastro. La evidencia de su total desaparición, como consecuencia de la explosión, es indudable.

No es necesario exagerar aquí la conmoción surgida en la escuela, en el pueblo y en todos lados, por ese evento. Es muy posible que algunos lectores de estas páginas hayan tenido noticia de tales acontecimientos. Lidgett hizo lo que pudo para suprimir o minimizar la historia. Insistió el castigo de escribir veinticinco renglones por cualquier mención del nombre de Plattner entre los alumnos, y dijo a toda la escuela que estaba enterado del paradero de Plattner. Lidgett temía que un hecho como el de una explosión (a pesar de las precauciones tomadas para minimizar la enseñanza práctica de la Química) dañara la reputación de la escuela. Hizo todo

lo que pudo para que la desaparición de Plattner fuera de lo más normal posible. En particular, interrogó a los cinco testigos presenciales tan penetrantemente, que ellos mismos empezaron a dudar de la evidencia de sus sentidos. A pesar de estos esfuerzos, el suceso, distorsionado y magnificado, fue la curiosidad de la comunidad por nueve días; muchos padres retiraron a sus hijos de la escuela dando todo tipo de pretextos. Otro punto notable en todo esto fue el hecho de que mucha gente en el pueblo tuvo sueños muy reales de Plattner durante el período de su ausencia y, estos sueños, curiosamente, eran similares. En casi todos estos sueños se veía a Plattner, a veces solo, a veces acompañado, vagando, envuelto en un fulgor cambiante. En todos los casos su cara estaba pálida y afligida y, en algunos otros, hacía gestos y señas hacia la persona que lo soñaba. A uno o dos de los alumnos, evidentemente bajo la influencia de la pesadilla, les parecía que Gottfried se acercaba a ellos con gran rapidez y les parecía que los veía muy de cerca a los ojos. Otros viajaban en sus sueños junto con él, tratando de alcanzar ciertas criaturas esféricas. Pero todos estos sueños fueron olvidados cuando un miércoles, nueve días después de la explosión, Plattner regresó.

Las circunstancias de su regreso son tan extrañas como las de su partida. Parece ser que el miércoles por la tarde, cerca de la puesta del sol, el señor Lidgett estaba ocupado en su jardín recogiendo y comiendo fresas; fruta a la cual es excesivamente aficionado. Su jardín es grande y anticuado y, afortunadamente, poco visible desde el exterior debido a una pared alta de ladrillo rojo cubierta de hiedra. Justamente cuando se inclinaba sobre un prolífico arbusto, hubo un relámpago en el aire y un sonido fuerte y, antes de que pudiera voltear, un pesado objeto le pegó violentamente en la espalda. Fue arrojado hacia adelante apachurrando las fresas que tenía en sus manos, y con tal fuerza que su sombrero de seda —el señor Lidgett es muy conservador en lo que a indumentaria se refiere—, cayó violentamente. Este pesado proyectil, el cual se deslizó sobre él y cayó sentado entre las plantas de fresa fue nuestro perdido amigo Gottfried Plattner en una condición extremadamente desarreglada. Gottfried estaba sin sombrero y sin el cuello de su camisa. Su ropa estaba sucia y había sangre en sus manos. El señor Lidgett estaba tan enojado y sorprendido que se quedó tirado sobre sus cuatro extremidades con su sombrero atorado sobre su único ojo mientras vehementemente le reclamaba a Plattner su conducta irrespetuosa e inexplicable.

Esta escena poco idílica, completa la que yo he llamado la versión exterior de la historia de Plattner; su aspecto esotérico. Es innecesario entrar aquí en detalles de cómo el señor Lidgett lo corrió de su casa. Tales detalles, con nombres completos, fechas y referencias, se encuentran en un largo reportaje remitido a la Sociedad para la Investigación de Fenómenos Anormales. La extraña transposición de los lados izquierdo y derecho de Plattner no fue notada en los primeros días hasta que empezó a escribir de derecha a izquierda en el pizarrón. Plattner disimulaba este curioso hecho ya que pensaba que podría afectarle desfavorablemente en otras circunstancias. El cambio de lado de su corazón fue descubierto meses después, cuando se encontraba bajo anestesia con el dentista. El, sin desearlo realmente, permitió que se le hiciera un examen médico y así apareció su caso en la Revista de Anatomía. Con esto terminan los hechos materiales y podemos pasar ahora a examinar lo que Plattner cuenta.

Pero antes quiero diferenciar claramente la porción anterior de la historia con lo que voy a relatar. Todo lo dicho hasta ahora tiene como base tal cantidad de evidencia que aún cualquier abogado criminalista lo aprovecharía. Cada uno de los testigos aún vive; el lector, si así lo desea, puede buscarlos mañana mismo (aún puede desafiar al terrible señor Lidgett) e interrogarlos hasta quedar satisfecho.

Aún el propio Gottfried Plattner con su corazón transpuesto y sus tres fotografías pueden localizarse. Puede suponerse cierto el que desapareció nueve días como consecuencia de la explosión; que regresó violentamente, bajo circunstancias molestas para Lidgett; y que regresó invertido, tal y como una imagen regresa de un espejo. De este último hecho, como ya lo he narrado, se sigue inevitablemente que Plattner, durante esos nueve días, debió de existir fuera del espacio. La evidencia de estas afirmaciones es mucho más determinante que aquella por la cual la mayoría de los criminales son ahorcados. Pero de lo que Plattner dice de dónde estuvo, con sus explicaciones confusas y detalles contradictorios, sólo tenemos su propia palabra. No deseo desmentirlo pero debo recalcar que estamos pasando aquí de algo evidente hacia algo que cualquier persona puede aceptar o rechazar, según sea su opinión. Los argumentos anteriores son plausibles; su desacuerdo con la experiencia cotidiana los orillan hacia lo increíble. No deseo inclinar el juicio del lector a ningún lado, solamente contar la historia tal y como Plattner me la comunicó.

Plattner me narró los hechos en mi casa. Tan pronto como se fue, fui a mi estudio y escribí a máquina todo tal y como lo recordaba. Después, el mismo Plattner leyó lo que había escrito y así su veracidad es incuestionable. Dice que en el momento de la explosión pensó que había muerto. Se sintió levantado de los pies y arrojado fuertemente hacia atrás. Es un hecho curioso para los psicólogos el que él haya podido pensar claramente durante su viaje y se preguntan si no se pegaría con el mueble del material o contra el pizarrón. Sus talones pegaron en el piso y cayó pesadamente sentado en algo suave y firme. Por un momento estuvo aturdido. Inmediatamente notó el olor de pelo chamuscado y le pareció oír la voz de Lidgett preguntando por él. Entenderán ustedes que por unos momentos su mente debió de estar muy confusa.

Al principio tuvo la impresión de que aún estaba en el salón de clase. Percibió la sorpresa de los muchachos y también la aparición de Lidgett. Está muy seguro de que así fue. No escuchó sus palabras pero esto lo atribuye al ensordecedor efecto de la explosión. Las cosas alrededor de él le parecían bastante oscuras y tenues, pero esto, erróneamente, lo atribuía que la explosión había generado mucho humo oscuro. A pesar de la obscuridad, distinguió las figuras de Lidgett y de los muchachos, tan tenues y silenciosas como si fueran fantasmas. La cara le picaba por el calor de la explosión. El estaba, dice, "todo despistado". Sus primeros pensamientos precisos fueron hacia su seguridad personal. Pensó que tal vez estaba sordo y ciego. Tocó sus extremidades y cara cuidadosamente. Cuando sus percepciones se aclararon, se sorprendió de no encontrar su escritorio ni ningún otro material del salón. Sólo algunas figuras grises e inciertas estaban en lugar de éstas. Luego sucedió algo que le hizo gritar y despertar sus facultades dormidas a una actividad instantánea. ¡Dos de los jóvenes, gesticulando, pasaron uno después del otro, a través de él. . .! Ninguno manifestó el más mínimo conocimiento de su presencia. Es difícil imaginar la sensación que tuvo. Lo atravesaron con no más fuerza que la de un leve viento.

Después de esto, el primer pensamiento de Plattner fue que había muerto. Habiendo sido educado sólidamente acerca de este tipo de acontecimientos, se sorprendió al encontrar su cuerpo aun en él. Su segunda conclusión fue que no estaba muerto pero que los otros sí lo estaban; que la explosión había destruido la escuela y a toda la gente excepto a él. Pero eso, también fue poco satisfactorio.

Todo alrededor de él estaba extraordinariamente oscuro: al principio todo le parecía negro como ébano. Arriba de él había un cielo negro. La única fuente de luz era un tenue rayo verde en una orilla del cielo en cierta dirección, la cual dibujaba un horizonte de colinas oscuras y ondulantes. Estas fueron sus primeras

impresiones. Mientras sus ojos se acostumbraban, empezó a distinguir cierto color verdoso dentro de la gran oscuridad. Contra este fondo, los muebles y ocupantes del salón de clase aparecían como espectros fosforescentes, tenues e impalpables. Extendió su mano y sin esfuerzo atravesó la pared del cuarto.

Dice que hizo un gran esfuerzo por llamar la atención. Le gritó a Lidgett y trató de tocar a los muchachos mientras ellos iban y venían. Desistió de sus intentos sólo cuando entró al salón de clase la señora Lidgett, la cual no le caía bien. Dice que la sensación de estar en el mundo y no formar parte de él es extraordinariamente desagradable. Comparó sus sentimientos con aquéllos de algún gato observando a un ratón a través de una ventana. Cuando intentó comunicarse con el tenue y familiar mundo alrededor de él, encontró una barrera invisible e incomprensible impidiendo el contacto.

Puso entonces atención a su alrededor. Encontró la botella de medicina aún sin romperse en su mano, todavía con restos del polvo verde. La metió en su bolsa y empezó a observar a su alrededor. Aparentemente, estaba sentado en una roca cubierta con musgo aterciopelado. El no podía ver el campo oscuro a su alrededor, porque estaba borrado por la tenue y nebulosa imagen del salón, pero tuvo la sensación –tal vez debida al viento frío– de que estaba cerca de la punta de un cerro y que un pronunciado valle se extendía bajo sus pies. El resplandor verde alrededor de la orilla del cielo parecía aumentar en tamaño e intensidad. Se puso de pie, frotándose los ojos.

Parece que dio algunos pasos, yendo pronunciadamente hacia abajo, tropezando y casi cayendo hasta que se sentó sobre una roca para observar el crepúsculo. Notó que el mundo a su alrededor estaba totalmente callado. Estaba tan quieto como estaba oscuro y, aunque un viento frío soplaba sobre la ladera del cerro, el susurro del pasto y el suspiro de las ramas, estaban ausentes. Escuchaba, aunque no veía, que el lado del cerro donde estaba, era rocoso y desolado. El color verdoso cada momento aumentaba de intensidad y mientras esto sucedía, un ligero y transparente color rojo sangre se mezclaba con la negrura del cielo arriba de él, pero sin mitigar la oscuridad ni la rocosa desolación a su alrededor. (Estoy inclinado a pensar que el color rojo pudo ser un efecto óptico debido al contraste.) Algo negro se agitó momentáneamente contra lo verdoso de la parte baja del cielo y entonces la delgada y penetrante voz de una campana salió del oscuro abismo abajo de él.

Es posible que haya pasado una hora o más mientras estuvo sentado ahí; la extraña luz verdosa haciéndose más brillante cada vez y esparciéndose lentamente en forma de dedos flameantes hacia arriba. Mientras la luz aumentaba, la visión espectral de nuestro mundo se volvió relativa o absolutamente tenue. Tal vez ambas, porque la hora debió ser la de nuestro atardecer terrenal. Al dar los pasos hacia abajo, Plattner había atravesado el piso del salón de clases y parece que estaba ahora sentado en el aire en otro salón mayor, en el piso de abajo. Vio a los alumnos internos, pero más débilmente de lo que había visto a Lidgett. Preparaban sus actividades vespertinas y con interés notó que muchos hacían trampa al hacer su trabajo de Geometría Euclidiana, pues sacaban acordeones, algo que nunca había sospechado. Mientras pasaba el tiempo, las imágenes se desvanecían y la luz del verdoso amanecer crecía.

Viendo hacia abajo al valle, observó que la luz se había ido más allá de las cumbreras rocosas y que la profunda oscuridad del abismo era rota ahora por un pequeño resplandor verde, como la luz de un gusano brillante. Y casi inmediatamente, la extremidad de algún cuerpo espacial gigantesco de color verde vivo, se levantaba sobre la ondulación de las colinas distantes y las grandes rocas a su alrededor aparecieron

sombrías y desoladas, en color verde y sombras negras. Se dio cuenta de un gran número de objetos de forma de pelota errando como los cardos lo hacen sobre el piso. No había ninguno de estos objetos cerca de él. La campana allá abajo tañía más y más aprisa, como de manera impaciente y muchas luces se movían más y más. Los jóvenes que trabajaban en sus escritorios ahora eran casi invisibles.

Esta extinción de nuestro mundo, cuando el sol verde de este otro universo apareció, es un hecho curioso sobre el cual Plattner insiste. Durante la noche en el Otro Mundo, es difícil moverse o caminar debido a la poca intensidad de la luz existente. Es difícil explicar por qué –si éste es el caso– nosotros, en nuestro mundo no percibimos nada del Otro Mundo. Tal vez esto se debe a la iluminación vívida en éste nuestro mundo. Plattner describe que el medio día del Otro Mundo en su momento más brillante no es ni remotamente tan brillantes como el nuestro cuando hay luna llena, mientras que la noche es terriblemente oscura. Consecuentemente, la cantidad de luz, aún en un cuarto oscuro, sería suficiente para hacer invisibles las cosas del Otro Mundo del mismo modo que una débil luz fosforescente es sólo visible en la oscuridad total. He tratado, desde que Gottfried me platicó todo esto, de ver algo del Otro Mundo sentándome largos ratos en un cuarto oscuro de fotografía. Ciertamente he visto vagamente la forma de rocas y pendientes verdosas pero, debo admitirlo, muy confusamente. El lector tal vez pueda tener éxito. Plattner me dice que desde su regreso ha soñado y ha reconocido lugares del Otro Mundo, pero esto probablemente se deba a sus recuerdos de tales escenas. Parece bastante posible que gente con vista aguda y penetrante pueda ocasionalmente ver un poco de este extraño Otro Mundo alrededor nuestro.

Sin embargo ésta es sólo una divagación. Mientras salía el sol verde, Plattner percibió, pero sólo muy vagamente, abajo en la cañada, una calle larga y con edificios negros. Después de dudar un poco, empezó el peligroso descenso y se dirigió hacia la calle mencionada. El descenso fue largo y extremadamente lento, no sólo por lo empinado sino por lo flojo del terreno que pisaba. El ruido del descenso –de vez en cuando sus zapatos producían chispas con las rocas–, parecía el único sonido en el universo ya que el tañer de la campana había cesado. Mientras se acercaba, notó que varios de los edificios parecían como tumbas y mausoleos y monumentos excepto que todos eran negros en vez de blancos como la mayoría de los sepulcros son. Entonces vio, amontonados fuera del edificio más grande, varias figuras redondas, pálidas y verdosas como si fuera gente saliendo de la iglesia. Estas se esparcían en varias direcciones de la amplia calle, algunas yendo por algunos callejones laterales y luego reapareciendo sobre la empinada colina, otras entrando en algunos de los pequeños y negros edificios alineados en la calle.

Al ver que estas cosas se acercaban a él, Plattner se detuvo a observarlas. Veía que no caminaban; de hecho no tenían extremidades, y que parecían cabezas humanas bajo las cuales un cuerpo como de renacuajo se movía. Éstaba realmente tan asombrado que no pudo ni asustarse. Se dirigían hacia él, entre el viento helado que soplaba, así como las burbujas de jabón se mueven cerca de la coladera. Mientras veía a la más próxima que se le acercaba, vio que, efectivamente, era una cabeza humana, aunque con ojos muy grandes y llevando tal expresión de angustia y aflicción como nunca había visto en ningún mortal. Se sorprendió al ver que la cabeza no volteó a verlo sino que parecía que observaba y seguía algo que Plattner no podía ver. Por un momento estuvo confuso y entonces se le ocurrió que esta criatura estaba observando con sus ojos enormes algo que estaba sucediendo en el mundo que acababa de dejar. Cerca y más cerca estuvo y él estaba demasiado asombrado como para gritar. Se hizo un leve sonido de raspadura mientras se acercaba. Luego le tocó la cara levemente con una palmada –su toque fue muy frío– y se fue hacia

la colina.

Una convicción extraordinaria cruzó la mente de Plattner de que esta cabeza se parecía muchísimo a la de Lidgett. Luego puso su atención en otras cabezas que se movían apretadamente en la colina. No daban señales de reconocerlo. Una o dos de hecho se acercaron mucho a su cara y casi siguieron el ejemplo de la primera cabeza, pero Plattner esquivó su trayectoria. En la mayoría de ellas vio la misma expresión de pena que había visto en la primera y oyó los mismos leves sonidos lastimeros. Una o dos de ellas lloraban y una, rodando rápidamente hacia la colina, llevaba una expresión de diabólica rabia. Pero otras eran frías y algunas parecían tener un interés indulgente en los ojos de otras compañeras. Una, al menos, estaba casi en el éxtasis de la felicidad. Plattner no recuerda haber reconocido a nadie más de los que veía en ese momento.

Por varias horas Plattner observó a estas extrañas cosas dispersándose entre las colinas y no fue sino hasta que cesaron de fluir del amontonamiento de los negros edificios, que continuó su camino hacia abajo. La obscuridad a su alrededor era tal que tuvo dificultades para caminar. Sobre su cabeza el cielo estaba ahora verde pálido brillante. No sentía ni hambre ni sed. Cuando las tuvo, encontró una corriente de agua fría bajando cerca del centro de la cañada y, el raro musgo sobre las rocas, cuando al fin, temerariamente lo probó, fue bueno para comer.

Escudriñó por entre las tumbas a los lados del barranco, vagamente, buscando alguna clave para entender estos inexplicables acontecimientos. Después de mucho tiempo llegó a la entrada de algo parecido a un gran mausoleo de donde habían brotado algunas cabezas. Ahí encontró un conjunto de luces verdes ardeiendo sobre una especie de altar basáltico y una cuerda de campana colgaba de un campanario en el centro del lugar. A lo largo de la pared había inscripciones de fuego en cierto tipo de letras desconocidas para él. Mientras pensaba en el significado de estas cosas, escuchó alejarse fuertes pisadas en la calle. Corrió nuevamente en la obscuridad pero no pudo ver nada. Tenía pensado jalar la cuerda de la campana pero finalmente decidió seguir las pisadas. Pero, aunque corrió bastante, nunca las alcanzó y sus gritos no sirvieron de nada. La barranca parecía extenderse una distancia interminable y estaba tan obscuro como cualquier noche terrenal sin estrellas. Ahora, ahí abajo no había ninguna cabeza. Parece que todas estaban muy ocupadas en las pendientes superiores. Volteando hacia arriba las vio vagando aquí y allá, algunas fijas, algunas desplazándose aprisa por el aire. Le recordaron, dijo, grandes copos de nieve; sólo que éstos eran negros o verde pálido.

Plattner dice que estuvo la mayor parte de siete u ocho días siguiendo las fuertes pisadas que nunca alcanzó, a tientas en nuevas regiones de ésta interminable y endiablada cañada, subiendo y bajando las despiadadas colinas, vagando por las cumbres y vigilando a las inquietas caras. No llevó la cuenta, dice. Aunque un par de veces hubo ojos que lo observaban, no habló con nadie. Dormía en las rocas de las laderas. Desde la barranca, las cosas terrenales eran invisibles porque, desde este punto de vista, estaban muy abajo. En las alturas, tan pronto como empezaba el día en la tierra, el mundo se hacía visible para él. Se encontró a sí mismo algunas veces tropezando sobre las verdes rocas, o deteniéndose ante algún escarpado borde, mientras a su alrededor las ramas verdes en las veredas de su pueblo se mecían. Otras veces caminaba por las calles del pueblo viendo –sin ser visto– el interior de alguna casa. Fue entonces cuando descubrió que casi todo ser humano de nuestro mundo le pertenecía alguna de estas cabezas errantes; que toda la gente del mundo es vigilada periódicamente por estos desdichados cuerpos.

¿Quiénes son estos Vigilantes de los Vivientes? Plattner nunca lo supo. Pero



dos de ellos que encontró y lo siguieron eran, como el recuerdo de su niñez, de sus padres. De vez en cuando otras caras movían sus ojos hacia él; ojos como de gente muerta que alguna vez influyó en él, o lo maltrató o lo ayudó en su adolescencia y juventud. Cuando estos ojos lo veían, Plattner tenía un extraño sentimiento de responsabilidad. Se atrevió a hablarle a su madre pero ella no contestó. Ella le pareció triste, inmutable y tierna, aunque un poco crítica también.

El, simplemente cuenta su historia; no trata de explicarla. Nos deja conjeturar quiénes son estos Vigilantes de los Seres Vivos, o, si son realmente los Muertos, por qué deben vigilar al mundo que dejaron ya para siempre tan de cerca y tan apasionadamente. Puede ser que cuando nuestra vida haya terminado, cuando no podamos ya escoger entre el bien y el mal, tengamos aún que presenciar el resultado de la serie de consecuencias que hayamos tenido. Si las almas humanas continúan después de la muerte, entonces, seguramente, los intereses humanos continúan después de la muerte. Pero eso es sólo lo que yo creo en vista de lo anterior. Plattner no ofrece ninguna interpretación ya que a él no le dio ninguna. Sería bueno que el lector entendiera esto claramente. Día tras día, con su cabeza dando vueltas, Plattner vagó por este mundo verde fuera del nuestro, cansado y al final, débil y hambriento. Durante el día, —nuestro día terrenal—, la fantasmal visión del escenario familiar del pueblo le perturbaba y le preocupaba. No podía ver dónde ponía sus pies y de vez en cuando se topaba cara a cara con estas Almas Vigilantes. Y durante la obscuridad, la multitud de estos Vigilantes cerca de él, con su aflicción intensa, confundían su mente más allá de cualquier descripción. La añoranza por regresar a la vida terrenal que estaba tan cerca y a la vez tan remota, lo consumía. Lo poco terrenal de las cosas a su alrededor le producía una dolorosa angustia mental. Estaba preocupado más allá de cualquier descripción por estos entes que le seguían. Les gritaba para que dejaran de observarlo, los reprendía y huía de ellos. Sin embargo ellos estaban siempre mudos y atentos. Aunque corriera como pudiera sobre este piso tan disparate, ellos le seguían.

La tarde del noveno día, Plattner escuchó acercarse unos pasos invisibles; venían de la cañada. El había estado vagando sobre la amplia cresta de la misma colina sobre la cual había caído cuando entró en este extraño Otro Mundo. Se apresuró a bajar a la cañada, haciéndolo rápidamente, pero quedó sin movimiento al ver lo que sucedía en un cuarto situado en una casa cerca de la escuela. Plattner conocía de vista a las dos personas en el cuarto. Las ventanas estaban abiertas, las persianas levantadas y los rayos del sol poniente entraban en él. Distinguió bien el cuarto; lo veía como un cuadro iluminado por una linterna sobre el negro paisaje y el vivo amanecer verde. Además de la luz del sol, una vela había sido encendida en cuarto.

Yacía en la cama un hombre falco, su blanca y cadavérica cara estaba sobre una almohada arrugada. Sus puños apretados estaban levantados sobre su cabeza. En una pequeña mesa junto a la cama había algunas botellas de medicina, pan tostado, agua y un vaso vacío. De vez en cuando los labios del descarnado hombre se abrían para indicar una palabra que no podía articular. Pero la mujer no notaba que quisiera algo porque estaba ocupada sacando papeles de un anticuado buró en la esquina opuesta del cuarto. Al principio el cuadro era muy intenso pero, al mismo tiempo, atrás el amanecer verde brillaba cada vez más y así la imagen se volvía más débil y transparente.

Mientras el ruido de las pisadas se escuchaba cada vez más cerca, esas pisadas sonaban tan fuerte en el Otro Mundo y tan silenciosas en éste. Plattner percibió a una gran multitud de caras mortecinas juntándose para ver a las dos personas del cuarto. Nunca antes había visto a tantos Observadores de los Vivientes juntos.

Una multitud sólo veía al que sufría, otra multitud, con angustia infinita, observaba a la mujer mientras ella buscaba, con ojos avaros, algo que no podía encontrar. Se amontonaban alrededor de Plattner, se encontraban con su vista, le rozaban la cara; el ruido de sus lamentos no cesaba alrededor de él. Plattner podía ver claramente sólo de vez en cuando. A veces la escena temblaba débilmente a través del velo de los reflejos verdes. En el cuarto todo debe de haber estado bastante quieto. Y dice Plattner que el humo de la vela dejaba una línea perfectamente vertical, pero que en sus oídos cada pisada junto con su eco le parecían como truenos. ¡Y las caras!, dos, particularmente, cerca de la mujer; una de ellas, mujer también, blanca y de claras facciones, una cara pudo ser alguna vez fría y dura, pero que ahora estaba ablandada por el toque de una sabiduría ajena al mundo terrenal. La otra cara pudo ser la del padre de la mujer del cuarto. Ambas, evidentemente, estaban absortas en la contemplación de algún acto de odiosa vileza, acto que no podían prevenir. Atrás había otras caras; pudieron ser las de maestros de nocivas enseñanzas o las de amigos cuya influencia había fallado. Y alrededor del hombre, también había una multitud, pero ninguna parecía de sus padres o maestros. Caras que alguna vez pudieron ser toscas, ahora se purificaban intensamente por medio del pesar. Y en la primera fila, una cara, una cara aniñada, ni enojada ni arrepentida, sólo paciente y preocupada y —como le parecía a Plattner—, esperando consuelo. Su poder de descripción falló al recordar esta multitud de horribles semblantes. Se juntaron al tañer la campana. Vio a todas las caras durante un segundo. Parece que estaba tan acabado por su agitación que involuntariamente sus inquietos dedos tomaron de su bolsa la botella de los polvos verdes, y la detuvieron frente a él. Pero él no recuerda esto.

De repente las pisadas cesaron. Esperó escuchar las siguientes, pero hubo silencio. Y entonces, cortando la inesperada quietud como una penetrante navaja, llegó la primera campanada. En ese momento, la multitud de caras se mecieron a ambos lados y fuertes lloriqueos empezaron entre ellos. La mujer no escuchaba; estaba quemando algo en la flama de la vela. Cuando sonó la segunda campanada, todo se puso opaco y un viento gélido sopló entre el grupo de observadores. Se arremolinaron alrededor de Plattner como hojas muertas, y cuando la tercera campanada sonó, algo se extendió a través de ellos hacia la cama. Uno sabe lo que es un rayo de luz. Esto fue como un rayo de obscuridad y, pensando un poco más, Plattner vio que este rayo era un sombrío brazo junto con su mano.

El verde sol estaba ahora apareciendo sobre las negras desolaciones del horizonte, y la visión del cuarto se hizo muy débil. Plattner vio que las sábanas de la cama se movían y que la mujer volteaba a su alrededor y sobre su hombro, sobresaltada.

La nube de espectadores se elevó como un sople de polvo verde ante el viento, y se esparció rápidamente hacia abajo, hacia el templo de la cañada. Entonces, de pronto Plattner entendió el significado del brazo negro que se alargaba a través de su hombro y así a su víctima. No se atrevía a voltear y cubriendo sus ojos se preparó para correr; tal vez dio veinte pasos, entonces resbaló en una roca y cayó. Cayó de frente sobre sus manos y la botella se rompió y explotó cuando tocó el piso.

Se encontró asombrado y sangrante, sentado cara a cara con Lidgett en el viejo jardín atrás de la escuela.

Aquí termina la historia del incidente de Plattner. He resistido —y creo que con éxito— la disposición natural de un escritor de ficción de alterar incidentes de este tipo. He escrito todo en el orden en el que Plattner me lo contó. Cuidadosamente he evitado cualquier cambio en el estilo, efecto e interpretación. Pudo ser fácil para

mí, por ejemplo reconstituir la escena del lecho de muerte de una manera en que Plattner pudiera tomar parte. Pero lejos de falsificar una extraordinaria y verídica historia, tales dispositivos estropearían, a mi manera de ver, el efecto peculiar de este obscuro mundo, con sus lívidas iluminaciones verdes y sus errantes Observadores de los Vivos, los cuales, invisibles e inalcanzables para nosotros, están alrededor nuestro.

Me queda agregar que una muerte ocurrió. Cerca de la escuela y, hasta donde puede probarse, fue en el momento del regreso de Plattner. Murió un colector de impuestos y agente de seguros. Su viuda, la cual es mucho más joven de lo que él lo era, volvió a casarse el mes pasado, con un tal señor Whympfer, veterinario de un pueblo cercano. Ya que esta historia en distintas formas ha circulado oralmente por la región, ella accedió a que yo usara su nombre con la condición de que yo hiciera público que ella enfáticamente niega cada detalle acerca de la muerte de su esposo. Ella no quemó ningún testamento, dice, aunque Plattner nunca la acusó de hacerlo; su esposo hizo sólo un testamento y éste fue hecho poco después de que se casaron. Ciertamente, para alguien que nunca había visto el cuarto, la descripción de éste hecha por Plattner es curiosamente precisa.

Una última cosa, aún a riesgo de repetirme: debo insistir que no se crea que estoy en favor del punto de vista supersticioso. La ausencia de Plattner durante nueve días está, creo, demostrada. Pero eso no prueba la historia. Es bastante concebible que aún fuera de nuestro mundo las alucinaciones son probables. Eso, al menos, el lector debe tenerlo en cuenta.

**THE PLATTNER STORY**

**H. G. WELLS**

**Selected Short Stories**

**Penguin Books, 1971**

**pp. 193–211**

**Tradujo: Alejandro Montes**

**Revisó: Helga Fetter**

**CIMAT**

**Valenciana, Gto.**

**Junio de 1985**